

AD 24819



MANUEL MOLINA

**BALADA DE LA VEGA
BAJA**

(ELEGÍA SIN NOMBRE)

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA

Cuadernos de María Isabel

MÁLAGA, 1970

CUADERNOS DE MARÍA ISABEL

VII

MANUEL MOLINA

BALADA DE LA VEGA
BAJA

(ELEGÍA SIN NOMBRE)

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA

Cuadernos de María Isabel

MÁLAGA, 1970

Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Cárcer 6

*Esta canción, escrita por distinto motivo,
va enteramente dedicada al poeta de la espe-
ranza, Carlos Sahagún, el único hombre fiel
de su generación. Con un abrazo.*

I

He llegado a la infancia.
(Los amigos de ayer
me hablan.)
Ha crecido la rubia de las trenzas.
La morena es casada.
Enrique se hizo rico.
Hace tiempo que Pepe vive en Francia.
Se han salido las calles por el campo.
Han crecido las casas.
Y en el jardín aquel donde yo iba,
ya no van las muchachas.
(La gloria de mi pueblo se ha perdido
en el remoto sueño de la infancia.)

Mi realidad no es la misma
que están mirando mis ojos.

Detrás de cada montaña
siempre hay un valle hondo
y un monte verde de oscuro
y un río claro en el fondo.

Mi realidad se evapora
ante la imagen del otro.

El sol, la tierra y el mar
dan su concierto sonoro
al aire de mis ideas
que vuelan como abejorros.

Mi realidad se idealiza
sin saber por qué ni cómo.

Cuando estoy mirando un pueblo
es su alma la que evoco,
y cada piedra labrada
me dice un sudor remoto.

La realidad de la historia
en mi memoria la escondó.

El tiempo de las raíces
va configurando el rostro
del hombre nuevo que nace
de un crepúsculo de escombros.

La realidad es futuro
que se levanta en nosotros.

Ropas que van por los siglos
de los siglos, las edades
del bisonte y de la caza
a los hilos vegetales
que fueron tejidos blandos
para las claras beldades,
para los rudos varones
que lucharon contra el hambre.

Ropas de padres a hijos,
y de hijos a viejos padres
que heredaron de los amos
descoloridos retales
para taparse los huesos
porque no tenían carnes.

Ropas de pastores mozos,
de labradores zagales
que sudaban la camisa
hasta iluminar el aire
con la sombra de su cuerpo
desnudo como el paisaje.

Ropas rotas a cuchillo
del que vive miserable,
y ropas a la medida
señaladas por un sastre,

para el que lo tiene todo
en medio de las ciudades.

Por los siglos de los siglos
las ropas son las señales
que en la superficie marcan
la suerte de los mortales.

El hombre más pequeño.
La catedral más grande.
Me quedo con el hombre
en todas sus edades.

El hombre es lo que importa,
el hombre es lo importante.
La obra de los hombres
son sólo sus señales.

El hombre es lo primero
que vive, muere y nace,
que nace, vive y muere
sobre la tierra madre.

Aquellos que lo ignoran
porque su ser no saben,
o aquellos que lo olvidan
por tontos o pedantes,
merecen que la tierra
de un golpe se los trague.

De todo cuanto existe,
museos y ciudades,
talleres, maquinarias,
pinturas y murales,
de todo cuanto existe

el hombre es lo más grande.

Las manos-herramientas
primeras, principales,
que plasman las ideas
haciéndolas de sangre,
son brazos de la tierra
del hombre de la calle.

NOTA A LA EDICIÓN

Cuando, por avatares del destino, hube de trasladar mi residencia a esta ciudad hermana de Alicante, jamás pensé pudiera encontrar en ella tantos y tan buenos amigos. Uno de ellos, tal vez el más destacado, junto al pintor Xavier Soler, es precisamente Manuel Molina, que hoy acude a mi requerimiento con su aporte poético a estos entrañables "Cuadernos de María Isabel".

No es la primera vez que Molina colabora en las publicaciones de *El Guadalhorce*; aún está presente en nuestro ánimo sus vivencias junto al poeta inmolido en plena juventud, Miguel Hernández. Con certeza que la lectura de aquel inolvidable libro nos da toda la dimensión poética y humana de Miguel. Más, mucho más de todo cuanto sobre él se escribió hasta la fecha.

En estos poemas que ahora orgullosamente editan los "Cuadernos de María Isabel", pese a su expresa dedicación a Carlos Sahagún, el alma de Miguel Hernández vive como ineludible trasfondo. Con presencia indiscutible e indiscutida, sobre todo tratándose de la obra de un poeta alicantino y oriñolano, por más señas, el que ahora nos ofrece una muestra de su contenido lírico.

Nosotros, fieles a nuestra labor editora, hoy

sentimos la satisfacción de las grandes ocasiones. Conocimos a Miguel Hernández en plena época creativa, sabemos de cuanto hizo y nos cabe la vanidad de haber intuido cuanto le quedaba por hacer. Se truncó su vida, pero dejó esa brillante estela propia de los elegidos. Manuel Molina, casi un niño en aquellos días, era, es y seguirá siendo, un auténtico cuerpo que da sombra al más noble de los recuerdos. Nosotros, junto a él, queremos desde esta breve nota expresar una vez más (nunca será bastante), todo cuanto significa Miguel en la poesía castellana, Sahagún en la fidelidad y Molina en la conservación de las nostalgias que ya el tiempo convirtió en dulces recuerdos.

A. C.

COLOFÓN

Consta la edición de 200 ejemplares numerados a mano del 1 al 200. Se imprimió en Sur, hoy Dardo, Avenida del Generalísimo, 33, Málaga, el día 10 de junio de 1970.

Ejemplar núm. 52✓

Las publicaciones de El Guadalhorce están integradas en el Instituto de Estudios Malagueños, Patronato José María Cuadrado, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.